

CHRISTY LEFTERI

EL
APICULTOR
DE
ALEPO

Traducción:

ANA BELÉN FLETES VALERA



MAEVA

Querido lector:

En el verano de 2016, y de nuevo al año siguiente, trabajé en Atenas como voluntaria en un centro de refugiados. Todos los días, llegaba gente a Grecia. Familias enteras perdidas y asustadas, procedentes en su mayoría de Siria y Afganistán. La experiencia de estar allí ayudando a esas personas en las circunstancias más terribles de su vida me abrió los ojos.

Comprendí que querían contar lo que les había sucedido, que pese a las barreras del idioma, querían hablar, querían que otros escucharan lo que tenían que contar, que lo vieran. Los niños dibujaban globos y árboles, y debajo de ellos, una tienda de lona y un cadáver. Aquellas imágenes y aquellas historias me marcaron. Pero así era su realidad; era lo que habían vivido.

Regresé a Londres confiando en que el horror de lo que había visto y oído desapareciera, pero no fue así. No podía olvidarlo. Así que decidí escribir una novela para contar las historias de aquellos niños, de aquellas familias.

No dejaba de preguntarme qué significa ver. Y así nació Afra, una mujer que ha visto morir a su hijo y que se ha quedado ciega por efecto de la explosión que mató al niño. Después conocí a un hombre que había sido apicultor en Siria. Había conseguido llegar al Reino Unido y se dedicaba a construir colmenas y a enseñar a otros refugiados a criar abejas. Las abejas simbolizan la vulnerabilidad, la vida y la esperanza. Mi protagonista, Nuri, había sido un padre y un apicultor orgulloso, y después de todo lo que ha vivido, intenta conectar con su mujer trastornada por el dolor de la pérdida, Afra, a la que busca en los oscuros túneles de su propia pena. Pero esta no quiere abandonar Aleppo, está estancada en su duelo. Nuri sabe que si quieren sobrevivir, tienen que irse. Sin embargo, hasta

que no sean capaces de ver, de sentir la presencia del otro y su amor mutuo, no podrán comenzar el viaje hacia la supervivencia y la renovación.

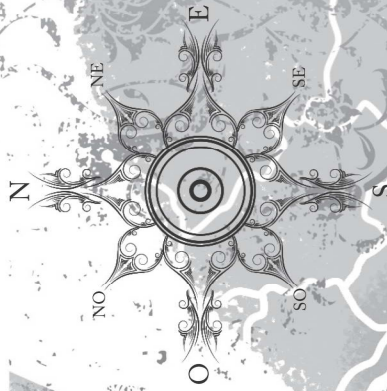
El apicultor de Alepo es una obra de ficción, pero Nuri y Afra nacieron y se desarrollaron en mi corazón y en mi alma como resultado de los pasos que di junto a los niños y las familias que llegaron a Grecia. He escrito esta historia para expresar cómo nos comportamos con las personas que más nos importan tras sufrir una pérdida extrema. Este libro trata de eso, de la pérdida más profunda, pero también del amor y de encontrar la luz. Lo que narro aquí es lo que vi, oí y sentí en las calles y los campos de Atenas.

Christy Lefteri

Mar del Norte

REINO UNIDO

Londres ★



Mar Negro

Estambul ★

GRECIA

Atenas ★

Farmakonisi ★

Leros ★

TURQUÍA

Armanaz ★

Alepo ★

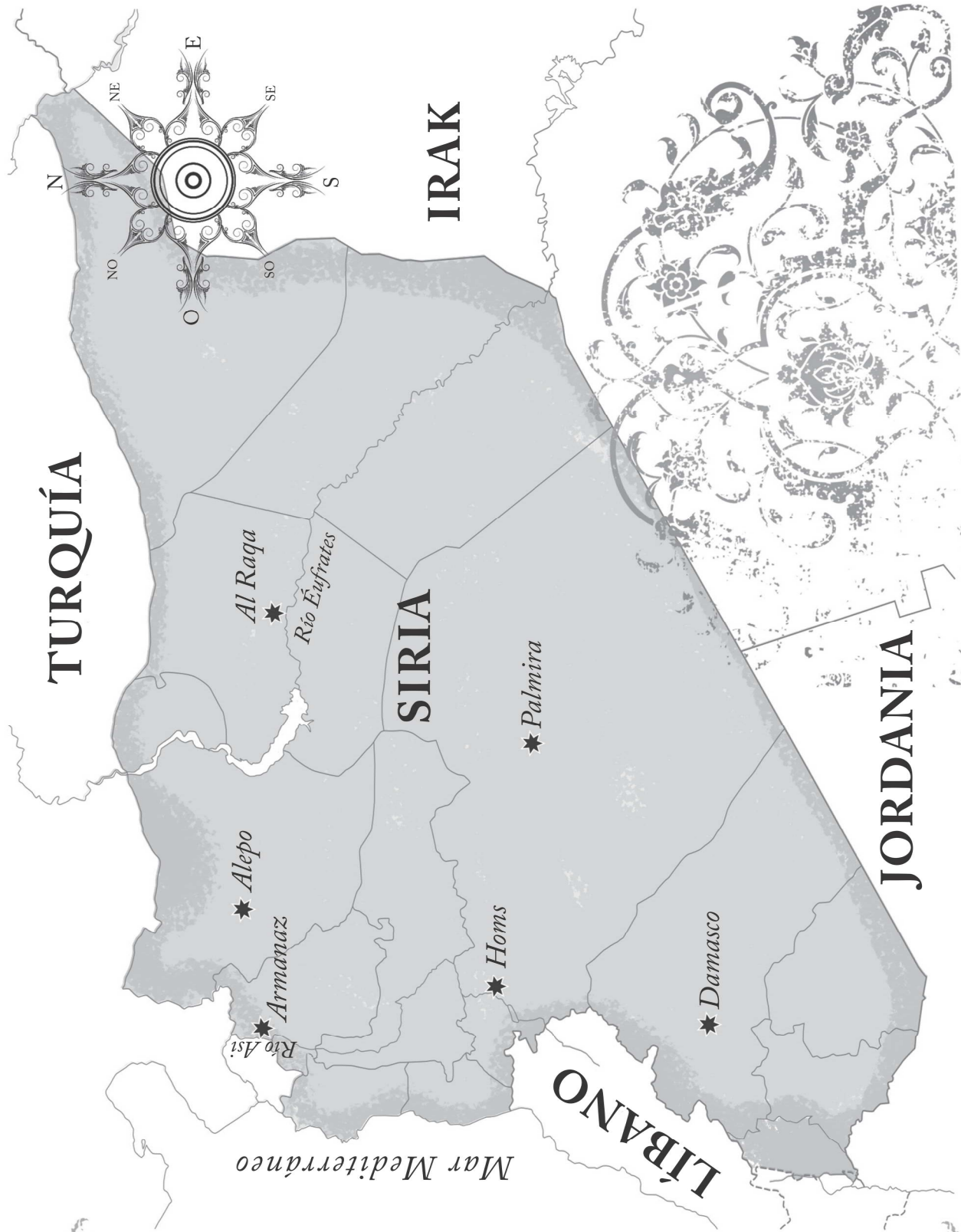
SIRIA

Mar Mediterráneo

Viaje de Nuri y Afra



Mapa de Siria



TURQUÍA

IRAK

SIRIA

JORDANIA

LÍBANO

Mar Mediterráneo

Al Raqa

Río Éufrates

Alepo

Armanaz

Río Asi

Homs

Palmira

Damasco



1

ME ASUSTAN LOS ojos de mi mujer. No es capaz de ver lo que hay fuera y nadie puede ver lo que hay dentro de ellos. Míralos, son como piedras, como cantos rodados de color gris. Mírala. Está sentada en el borde de la cama, con el camisón a los pies, dando vueltas a la canica de Mohammed entre los dedos mientras me espera para que la vista. Yo no me doy prisa, me tomo mi tiempo en ponerme la camisa y los pantalones, porque estoy harto de tener que vestirla. Fíjate en los pliegues que se le forman en la piel del vientre, del color de la miel del desierto, más oscura en el interior; en las líneas de color plateado de los pechos y en los pequeños cortes que se le hacen en las yemas de los dedos, cuya orografía de picos y valles una vez estuvo manchada de pintura azul, amarilla y roja. Hubo un tiempo en que su carcajada era de oro, uno podía verla además de oírla. Mírala, porque creo que se está desvaneciendo.

—Ha sido una noche de sueños inconexos —dice—. Inundaban la habitación. —Y dirige la vista a un punto situado a mi izquierda. Me invade la angustia.

—¿Qué quieres decir?

—Estaban fragmentados. Mis sueños estaban desperdigados aquí y allá. No sabía si estaba despierta o dormida. Había muchos, pequeños como abejas; era como si la habitación estuviera llena de

abejas. Y no podía respirar. Cuando me desperté, pensé: «Por favor, no dejéis que pase hambre».

La miro a la cara, confuso. Sigue sin haber expresión alguna en ella. No le digo que lo único con lo que sueño yo es con asesinar, lo mismo siempre: estamos otro hombre y yo, y sostengo un bate en la mano ensangrentada. Los otros no aparecen en el sueño y el hombre está en el suelo debajo de unos árboles y me dice algo que no oigo.

—Y me duele —sigue diciendo ella.

—¿Dónde te duele?

—Detrás de los ojos. Un dolor intenso.

Me arrodillo delante de ella y la miro a los ojos. El vacío inexpressivo que veo en ellos me aterra. Saco el móvil del bolsillo y los alumbro con la luz de la linterna. Se le dilatan las pupilas.

—¿Ves algo? —pregunto.

—No.

—¿Ni siquiera una sombra o una variación mínima de color?

—Está todo negro.

Vuelvo a guardar el móvil en el bolsillo y me aparto. Ha empeorado desde que llegamos. Es como si se le estuviera evaporando el alma.

—¿Puedes llevarme al médico? Este dolor es insoportable —dice.

—Claro. Dentro de poco —contesto yo.

—¿Cuándo?

—En cuanto tengamos los papeles.

ME ALEGRO DE que Afra no pueda ver dónde estamos. Le gustarían las gaviotas, eso sí, su alocado vuelo. En Alepo vivíamos lejos del mar. Estoy seguro de que le gustaría verlas, ver la costa incluso, porque mi mujer se crio junto al mar, mientras que yo nací en Alepo oriental, donde empieza el desierto.

Cuando nos casamos y nos fuimos a vivir juntos, Afra echaba mucho de menos el mar, tanto que empezó a pintar el agua que

veía. Desperdigados a lo largo y ancho de la árida meseta de Alepo hay oasis, ríos y arroyos que desembocan en ciénagas y pequeños lagos. Antes de que naciera Sami, le gustaba seguir su curso y pintar las aguas al óleo. Me encantaría volver a ver el cuadro que pintó del río Queiq. El agua se parecía mucho a las escorrentías que atraviesan el parque público de la ciudad después de la tormenta. Afrat tenía el don de ver la verdad en los paisajes. El cuadro y el exiguo río me recuerdan la lucha por la supervivencia. A unos treinta kilómetros al sur de Alepo, el río deja de bregar con la cruda estepa siria para evaporarse en las ciénagas.

Me asustan sus ojos. Pero estas paredes húmedas, los cables que recorren el techo y las vallas publicitarias..., no sé si sería capaz de vivir aquí si aún pudiera ver. La valla publicitaria que está aquí al lado dice que somos demasiados, que esta isla se hundirá bajo el peso. Me alegro de que esté ciega. ¡Conozco los sonidos! Si me dieran la oportunidad de concederle una llave que abriera la puerta a otro mundo, desearía que pudiera ver otra vez. Pero solo en el caso de que fuera un mundo totalmente distinto a este. Un lugar en el que un nuevo sol se despereza e inunda con su luz la muralla que rodea la antigua ciudad y el abigarrado laberinto que forman los barrios fuera de esta, las casas, los bloques de pisos y los hoteles, los callejones estrechos y el mercado al aire libre donde un millar de cuentas resplandecen con esa primera luz del día, y más allá, en el desierto, oro sobre oro y rojo sobre rojo.

Sami estaría justo ahí, correteando entre los callejones, sonriente, con sus zapatillas gastadas y las monedas en la mano para comprar leche. Intento no pensar en Sami. Pero ¿Mohammed? Aún espero que encuentre la carta y el dinero que le dejé debajo del tarro de Nutella. Creo que una mañana llamarán a la puerta y ahí estará él cuando la abra. «¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí, Mohammed? ¿Cómo nos has encontrado?», le diré.

Ayer vi a un niño en el espejo empañado del cuarto de baño compartido. Llevaba una camiseta negra, pero cuando me di la vuelta, era el hombre marroquí, haciendo pis en el inodoro. «Será mejor que cierres la puerta», me dijo en el árabe dialectal de su tierra.

No recuerdo cómo se llama, pero sé que es de un pueblo que está cerca de Taza, al pie de las montañas del Rif. Anoche me contó que es posible que lo envíen a un centro de internamiento situado en un lugar llamado Yarl's Wood, que la trabajadora social cree que hay posibilidades. Esta tarde tengo cita con ella. El marroquí dice que es muy guapa, que se parece a una bailarina parisina con la que se acostó una vez en un hotel en Rabat, mucho antes de que se casara con su esposa. Me preguntó por mi vida en Siria. Yo le hablé de las colmenas que tenía en Aleppo.

Por las tardes, la casera nos trae té con leche. El marroquí es un hombre anciano, rondará los ochenta, noventa incluso. Parece que estuviera hecho de cuero y huele a cuero. Está leyendo *How to Be a Brit* y a veces pone una mueca burlona. Tiene el móvil sobre las rodillas, que consulta cada vez que llega al final de la página, pero no llama nadie. No sé a quién espera, tampoco sé cómo llegó aquí o por qué ha hecho un viaje como este a tan avanzada edad, porque su aspecto es el de un hombre que está esperando que le llegue la muerte. Aborrece la forma que tienen de hacer pis los hombres no musulmanes, de pie.

Diez personas vivimos en esta ruinoso pensión junto al mar, cada uno de un lugar distinto, todos a la espera. Puede que dejen que nos quedemos aquí, puede que nos echen, pero no es decisión nuestra ya. Qué camino tomar, en quién confiar, si levantar el bate y matar a un hombre. Todo eso pertenece al pasado. Y pronto se evaporará, como el río.

TOMO LA ABAYA de Afra de la percha del armario. Me oye y se levanta con los brazos en alto. Se la ve mayor, pero se comporta como si fuera más joven, como si fuera una niña. Su pelo ha adquirido el color y la textura de la arena desde que se lo decoloramos para las fotos, para borrar la apariencia árabe. Se lo recojo en un moño y le cubro la cabeza con el hiyab, que sujeto con horquillas siguiendo las indicaciones que me marca con los dedos, como siempre.

La trabajadora social llegará a la una de la tarde y todas las reuniones se celebran en la cocina. Querrá saber cómo llegamos y buscará algún motivo para echarnos. Pero sé que si digo lo correcto, si la convengo de que no soy un asesino, nos quedaremos, porque somos de los afortunados, porque venimos del peor lugar de la tierra. El marroquí no tiene tanta suerte; a él le costará más demostrarlo. En estos momentos está sentado en la sala de estar junto a las puertas de cristal, con un reloj de bolsillo de bronce entre las manos, que protege como un huevo que estuviera empollando. Lo mira y espera. ¿Qué será lo que espera? Cuando me ve de pie en la cocina, me dice:

—No funciona, ¿sabes? Se paró en otra hora.

Lo levanta a la luz sujetándolo por la cadena y lo balancea con suavidad, un reloj de



como la ciudad que se extendía a nuestros pies. Vivíamos en una casita de dos habitaciones situada en lo alto de una colina. Desde allí arriba se distinguían la maraña arquitectónica y las hermosas cúpulas y minaretes, y, a lo lejos, la fortaleza asomaba entre ellos.

Daba gusto sentarse en la terraza en primavera. Desde allí nos llegaba el olor de la tierra del desierto y veíamos descender la bola roja del sol sobre el horizonte. Sin embargo, en verano nos quedábamos dentro con el ventilador, nos poníamos compresas húmedas en la cabeza y metíamos los pies en una palangana con agua fría, porque hacía tanto calor que parecía que estuviéramos en un horno.

En julio la tierra se cuarteaba, pero teníamos albaricoques y almendros, tulipanes, lirios y fritillarias. Cuando el río se secaba, bajaba a la alberca a por agua para alargar la vida del jardín. En agosto era como intentar resucitar a un muerto, así que no podía hacer otra cosa que ver morir mis plantas y reunirse con la tierra. Cuando empezaba a refrescar, salíamos a pasear y observábamos el vuelo de los halcones hacia el desierto.

Tenía cuatro colmenas en el jardín, una encima de otra, y el resto estaban en un terreno a las afueras de Aleppo oriental. Me dolía estar tan lejos de las abejas. Me levantaba muy temprano por la mañana, antes del alba, antes de que el muecín llamara a la oración, y conducía durante cuarenta y ocho kilómetros hasta el terreno de los colmenares. Llegaba justo cuando empezaba a amanecer, el sol inundaba los campos de luz y el zumbido de las abejas se elevaba en una única nota perfecta.

Las abejas vivían en una sociedad ideal, un pequeño paraíso en medio del caos. Las obreras se alejaban un buen trecho en busca de comida, pues preferían los campos más apartados. Recogían el néctar del azahar y las flores del árbol del clavo de olor, las semillas de comino, el anís verde, el eucalipto, el algodón, el espino blanco y el brezo. Me preocupaba por las abejas, las alimentaba, controlaba que las colmenas no enfermaran y se debilitaran. En ocasiones, construía colmenas nuevas, dividía las colonias o criaba abejas

reina a partir de las larvas de otra colonia y contemplaba cómo las abejas nodrizas alimentaban a la reina con jalea real.

Después, en la época de la cosecha de la miel, comprobaba la producción y colocaba los panales en el tambor del extractor para recoger el líquido dorado que había debajo del residuo ceroso. Mi trabajo consistía en proteger a las abejas, conseguir que estuvieran sanas y fuertes, mientras que ellas hacían la miel y polinizaban los campos que constituían nuestro alimento.

FUE MI PRIMO Mustafá quien me introdujo en el mundo de la apicultura. Su padre y su abuelo habían sido apicultores en los verdes valles rodeados por la cordillera del Antilíbano. Era un genio con corazón de niño. Estudió y se hizo profesor de la Universidad de Damasco, donde se especializó en la composición exacta de la miel. Como él se pasaba el tiempo yendo y viniendo entre Damasco y Alepo, quiso que yo me ocupara de los colmenares. Me enseñó mucho sobre el comportamiento de las abejas y cómo manipular las colmenas. La especie nativa era agresiva por el calor, pero él me enseñó a entenderlas.

Mustafá pasaba en Alepo los meses de verano, cuando terminaban las clases en la universidad. Trabajábamos mucho, durante muchas horas, hasta el punto de que al final pensábamos como las propias abejas, ¡hasta comíamos como ellas! Tomábamos polen mezclado con miel para tener energía en los meses de calor.

Al principio, cuando era un joven veinteañero novato, trabajábamos con colmenas hechas de ramas recubiertas de barro. Más adelante sustituimos los troncos huecos de los alcornoques y la arcilla por cajas de madera, y en poco tiempo teníamos más de quinientas colonias. Producíamos diez toneladas de miel al año como poco. Teníamos muchísimas abejas y me daban la vida. Cuando me alejaba de ellas era como si la fiesta se hubiera terminado. Años después, Mustafá abrió una tienda en la parte nueva de la ciudad. Además de la miel, vendía productos cosméticos a base de miel, cremas, jabones y productos capilares elaborados con la

miel de nuestras propias abejas que atraían con su aroma dulce. Abrió la tienda para su hija, que, aunque todavía era joven, ya creía que quería estudiar agricultura, igual que su padre. La llamó El paraíso de Aya y le prometió que, si se aplicaba en los estudios, algún día sería suya. A ella le encantaba ir por allí y oler los jabones y embadurnarse las manos de crema. Era una chica inteligente para su edad. Recuerdo que un día dijo: «Esta tienda huele como olería el mundo si no existiera el ser humano».

A mi primo no le gustaba la vida tranquila. Siempre quería hacer más, aprender más. Jamás había conocido a nadie como él. El negocio creció, pero a pesar de tener clientes importantes procedentes de Europa, Asia y el Golfo, yo seguía siendo el que cuidaba de las abejas, el único en quien confiaba para esa tarea. Decía que poseía una sensibilidad de la que carecían la mayoría de los hombres, que entendía el ritmo y el patrón vital de las abejas. Y tenía razón. Aprendí a escucharlas y hablaba con ellas como si fueran un ser de carne y hueso con corazón, porque, como sabes, las abejas trabajan en estrecha colaboración. Incluso cuando llega el final del verano y las obreras matan a los zánganos para preservar sus reservas de alimento, trabajan como una entidad única. Se comunican entre ellas mediante una especie de danza. Tardé años en entenderlas y, cuando lo hice, el mundo dejó de ser y de sonar como el de antes.

Pero con los años, el desierto fue extendiéndose, el clima se volvió más extremo, los ríos comenzaron a secarse y a los agricultores y los ganaderos cada vez les costaba más subsistir. Solo las abejas eran resistentes a la sequía.

—Míralas, son como pequeños guerreros —decía Afra cuando iba a visitar los colmenares con el pequeño Sami arrebujado entre sus brazos, bien tapado—. ¡Ahí siguen trabajando, mientras que todo lo demás se muere!

Afra pedía en sus oraciones que lloviera porque temía a las tormentas de arena y las sequías. Cuando se acercaba una tormenta de arena, veíamos desde la terraza que el cielo se volvía morado y a continuación oíamos un profundo silbido que atravesaba la

atmósfera, y ella salía corriendo a cerrar todas las puertas y echar el cerrojo de los postigos para proteger las ventanas.

TODOS LOS SÁBADOS íbamos a cenar a casa de Mustafá. Él y su esposa, Dahab, solían cocinar juntos. Mustafá pesaba meticulosamente en la báscula cada ingrediente, cada especia, como si el menor error pudiera estropear toda la comida. Dahab, que era una mujer alta, medía casi lo mismo que su esposo, se ponía a su lado y negaba con la cabeza, igual que la había visto hacer con Firas y Aya.

—¡Deprisa, deprisa! A este paso comeremos lo de hoy el sábado que viene —le decía.

Mustafá tarareaba mientras hacía la comida y tomaba un descanso cada veinte minutos aproximadamente para salir a fumar al patio, debajo del árbol en flor. Le gustaba morder y aspirar profundamente la colilla del cigarrillo.

Yo solía acompañarlo, aunque no era de hablar mucho en esos instantes, con los ojos resplandecientes a causa del calor que hacía en la cocina y los pensamientos puestos en alguna otra cosa. Él comenzó a temer lo peor antes que yo y empecé a fijarme en las arrugas de preocupación que le cubrían el rostro.

Vivían en el bajo de un bloque de pisos con un patio interior cerrado por tres de sus lados por los muros de los bloques adyacentes, de manera que siempre había sombra y se estaba fresco. Los sonidos procedentes de los balcones superiores caían sobre nosotros: fragmentos de conversaciones, música, el murmullo de los aparatos de televisión. El patio estaba rodeado de parras cuajadas de uvas, una mata de jazmín trepaba por la espaldera situada contra uno de los muros y en otro había un estante lleno de tarros vacíos y trozos de panal.

Ocupaba la mayor parte del patio una mesa metálica de jardín situada justo debajo del limonero, pero también había varios comederos para pájaros alrededor y un pequeño recuadro verde daba fe de los intentos de mi primo de cultivar hierbas aromáticas, aunque la mayoría se secaban por falta de luz. Me quedaba mirándolo

cuando tomaba entre los dedos una flor del limonero y aspiraba su aroma.

Y era en la quietud de aquellas tardes de sábado cuando se ponía a darles muchas vueltas a las cosas, a reflexionar. Su mente no descansaba nunca, jamás.

—¿Alguna vez piensas en cómo sería llevar una vida diferente?
—me preguntó una tarde.

—¿A qué te refieres?

—Me asusta pensar a veces en los derroteros que puede tomar la vida. ¿Y si trabajara en una oficina en otro lugar? ¿Y si tú le hubieras hecho caso a tu padre y hubieras terminado trabajando en su tienda de telas? Tenemos mucho que agradecer.

No le respondí. Si bien mi vida podría haber sido muy distinta, era incapaz de imaginar a Mustafá en una oficina. No, aquellos sombríos pensamientos tenían su origen en otra parte. Era como si tuviera miedo de perderlo todo, como si le llegara el eco del futuro y su rumor sordo le zumbara en el oído.

A mi primo le enfadaba que su hijo Firas no se levantara del ordenador para ayudar a preparar la comida.

—¡Firas! —gritó de camino a la cocina—. ¡Levántate ahora mismo! Vas a quedarte pegado a la silla!

Pero el chico seguía en el sillón de mimbre del salón, con su camiseta y sus pantalones cortos. Era un chaval desgarbado de doce años con el rostro alargado y el pelo demasiado largo, y cuando miraba a su padre con aquella sonrisa desafiante, por un momento se parecía a un saluki, unos de esos perros de caza que hay en el desierto.

Aya, con solo un año más, ponía la mesa mientras sujetaba a Sami de la mano, que, por entonces, tenía tres años y le gustaba corretear por todas partes como si tuviera una importante misión que cumplir. La chica le daba un plato o un vaso vacíos para que tuviera la impresión de que la estaba ayudando de verdad. Aya tenía el pelo dorado y largo, como su madre, y Sami le tiraba de los rizos cuando esta se agachaba sobre él y se reía cuando lo levantaba en brazos. Y a partir de ese momento todos ayudábamos de

alguna manera, incluso Firas —a quien su padre obligaba a que se levantara agarrándolo por uno de los brazos delgaduchos— a llevar a la mesa del patio platos humeantes, coloridas ensaladas y salsas, y pan. A veces era crema de lentejas y boniato con comino; otras, *karwaj* de ternera y calabacín; otras, corazones de alcachofa rellenos o judías verdes guisadas; otras, ensalada de bulgur y perejil, o espinacas con piñones y granada. Y de postre, *baklava* con miel y buñuelos con sirope o albaricoques en almíbar que preparaba Afra. Firas no paraba de hablar por teléfono hasta que Mustafá se lo quitaba y lo echaba en uno de los tarros de miel vacíos, aunque nunca se enfadaba de verdad con él; se llevaban bien, tenían el mismo sentido del humor, incluso cuando se peleaban.

—¿Cuándo me lo vas a devolver? —preguntaba Firas.

—Cuando nieve en el desierto.

Y a la hora del café, el teléfono estaba otra vez en manos de Firas.

—¡La próxima vez no lo meteré en un tarro vacío, Firas!

Mustafá era feliz cocinando y comiendo. Era después, cuando el sol se ponía y el aire se llenaba del aroma del jazmín, sobre todo las noches en que no corría brisa y el ambiente era pegajoso, cuando se ponía serio y yo sabía que estaba dándole vueltas a algo; sabía que las sombras calladas de la noche le susurraban ecos del futuro.

—¿Qué ocurre, Mustafá? —le dije una noche mientras Dahab y Afra metían los platos sucios en el lavavajillas después de cenar. Dahab se reía con tanta energía que espantaba a los pájaros, que salían volando entre los edificios y se perdían en la noche—. Últimamente estás muy raro.

—La situación política está cada día peor —respondió él.

Yo sabía que tenía razón, aunque en realidad ninguno de los dos quería hablar de ello. Aplastó la colilla del cigarrillo y se limpió los ojos con el dorso de la mano.

—Las cosas se van a poner muy feas —continuó él—. Todos lo sabemos, ¿verdad? Pero insistimos en seguir con nuestra vida como si tal cosa.

Se metió un buñuelo en la boca para demostrar lo que decía. Estábamos a finales de junio y en marzo de ese mismo año se

habían producido en Damasco las protestas con las que se iniciaría la guerra civil, y que llevarían a Siria la agitación y la violencia. En ese momento debí de bajar la vista y puede que mi primo viera mi preocupación, porque cuando la levanté de nuevo, sonreía.

—Escúchame. ¿Qué te parece si preparamos más recetas para Aya? Se me han ocurrido algunas ideas. ¡Miel de eucalipto y lavanda!

Sus ojos resplandecían al imaginar ese nuevo jabón y pidió a su hija que le llevara su portátil para estudiar los dos juntos la composición exacta. Aunque la niña tenía solo trece años por aquel tiempo, Mustafá estaba decidido a ser su profesor. Aya estaba jugando con Sami. ¡Adoraba al niño! Y él quería estar siempre con ella, la buscaba todo el tiempo con sus enormes ojos grises. Del mismo color que los de su madre. Piedra. O del color de los ojos de un recién nacido antes de que se vuelvan marrones, solo que los suyos no llegaron a cambiar, y tampoco se pusieron más azules. Sami iba detrás de Aya a todas partes, le tiraba de la falda y ella lo tomaba en brazos y lo aupaba para enseñarle los pájaros en los comederos o los insectos y los lagartos que trepaban por los muros y atravesaban el suelo de hormigón del patio.

Padre e hija estudiaban cuidadosamente los pigmentos, los ácidos y los minerales de cada tipo de miel en cada receta que creaban para conseguir la combinación perfecta, como ellos decían. Después calculaban la densidad y la granulación del azúcar, así como su tendencia a absorber la humedad del aire y su resistencia al deterioro. Yo les hacía sugerencias que ellos aceptaban con una amable sonrisa, pero era la mente de Mustafá la que trabajaba como las abejas. Él era el de las ideas y la inteligencia, mientras que yo era el que se encargaba de llevarlas a la práctica.

Y durante un tiempo seguimos siendo felices en noches como aquella, comiendo albaricoques en almíbar envueltos en el aroma del jazmín mientras Firas trasteaba con su ordenador y Aya entretenía a Sami, que disfrutaba chupándole el pelo, con la risa de las mujeres de fondo, procedente de la cocina. Nuestra vida era casi normal, lo cual hacía que olvidáramos las dudas o, al menos, que

las mantuviéramos a raya, ocultas en algún rincón oscuro de la mente mientras hacíamos planes de futuro.

CUANDO EMPEZARON LOS problemas, Dahab y Aya se marcharon. Mustafá las convenció de que era mejor que se fueran sin él. Cuando sus temores empezaron a confirmarse, se apresuró a hacer planes, pero tenía que quedarse un poco más para ocuparse de las abejas. En su momento pensé que se estaba adelantando a los acontecimientos, que el hecho de que su madre hubiera muerto cuando él era un niño, algo que lo había perseguido desde que yo lo conocía, hacía que se mostrara demasiado protector con las mujeres de su vida, de manera que Dahab y Aya fueron de los primeros en abandonar el barrio y por ello tuvieron la suerte de no ver lo que ocurriría después. Un amigo de Mustafá, un profesor de sociología que se había ido a Inglaterra por motivos de trabajo varios años atrás, lo llamó un día y lo instó a que viajara al Reino Unido, pues estaba convencido de que la situación empeoraría aún más. Mustafá les dio a su mujer y a su hija dinero suficiente para el viaje, y él se quedó con Firas en Siria.

—No puedo abandonar a las abejas, Nuri —dijo una noche mientras se pasaba la enorme mano por el rostro y la barba, como tratando de borrar la sombría expresión que tenía últimamente—. Las abejas son como de la familia.

Antes de que las cosas se pusieran feas de verdad, mi primo y su hijo solían cenar con nosotros en la terraza de nuestra casa, desde donde observábamos la ciudad, que se extendía a nuestros pies, escuchábamos el rumor lejano de las bombas o veíamos las columnas de humo que se elevaban hacia el cielo. Después, la situación aún empeoró más y empezamos a hablar de la posibilidad de abandonar el país todos juntos. Nos apiñábamos cuando caía la tarde alrededor de mi globo terráqueo, que se iluminaba por dentro, y mi primo dibujaba con el dedo el viaje que habían hecho su mujer y su hija. Para ellas había sido más fácil. Mustafá guardaba en el interior de una abultada cartera de cuero los nombres y los

números de teléfono de varios contrabandistas. Repasamos las cuentas del negocio y calculamos lo que nos costaría escapar del país. No era tarea fácil, como podrás imaginar, pues los contrabandistas cambiaban las tarifas según les convenía, pero teníamos un plan, y a mi primo le encantaba hacer planes, elaborar listas y trazar itinerarios. Le daban seguridad. Aunque yo sabía que no eran más que palabras. No estaba listo para abandonar a las abejas.

Una noche a finales de verano, unos vándalos destruyeron las colmenas. Les prendieron fuego y cuando llegamos a la mañana siguiente, estaban carbonizadas. Las abejas habían muerto y el terreno estaba negro. Jamás olvidaré el silencio, denso, infinito. Sin las nubes que formaban las abejas cuando revoloteaban sobre el terreno, nos encontramos con la luz diáfana y el color del cielo. En ese momento, de pie ante los restos de las colmenas iluminadas por los rayos oblicuos del sol, experimenté el vacío, como si la nada penetrara en mi interior cada vez que tomaba aire. Mustafá se había sentado en mitad del terreno con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Yo daba vueltas por allí, escudriñando la zona en busca de alguna abeja viva, pero habían sido aniquiladas, porque no quedaba colmena o colonia alguna. La mayoría de las colmenas habían quedado reducidas a cenizas, excepto unas pocas que quedaban aún en pie como esqueletos, con los números de serie todavía visibles: doce, veintiuno, ciento veinte, las colonias de la abuela, la madre y la hija. Lo sabía porque yo mismo había dividido las colonias. Tres generaciones de abejas. Ya no quedaba nada. Me fui a casa, metí a Sami en la cama y permanecí a su lado hasta que se durmió. Después salí a la terraza y me quedé mirando el cielo cada vez más oscuro y la amenazadora ciudad a mis pies.

Al pie de la colina fluía el río Queiq. La última vez que lo vi estaba lleno de basura. En invierno, sacaron de las aguas los cadáveres de unos hombres y unos niños. Tenían las manos atadas. Les habían metido un tiro en la cabeza. Aquel día de invierno en Bustan al-Qasr, un barrio del sur, vi cómo sacaban los cuerpos. Los seguí hasta una antigua escuela y vi que los depositaban en el suelo del patio. El interior oscuro estaba iluminado con unas velas clavadas en un cubo

lleno de arena. Una mujer de mediana edad se encontraba de rodillas en el suelo junto a otro cubo, lleno de agua en este caso. Se disponía a limpiarles la cara a los muertos, dijo, para que las mujeres que los amaban pudieran reconocerlos cuando fueran a buscarlos. Si yo hubiera sido uno de los muertos rescatados del río, Afra habría subido a lo alto de la montaña a buscarme. Se habría metido en el mismísimo río, pero eso habría sido antes de que la dejaran ciega.

Afra era diferente antes de la guerra. Era bastante desastrosa. Cuando hacía dulces, por ejemplo, lo ponía todo perdido de harina, incluso el pobre Sami terminaba blanco. Cuando pintaba, lo ensuciaba todo. Y si Sami pintaba con ella, era aún peor, como si se hubieran dedicado a agitar las brochas cargadas de pintura por toda la habitación. Hasta cuando hablaba era un desastre, como si lanzara las palabras sin pensar y después decidiera retirarlas y cambiarlas por otras. A veces se interrumpía a sí misma. Cuando se reía, lo hacía con tanta fuerza que la casa se estremecía.

Pero cuando se ponía triste, todo mi mundo se oscurecía. No tenía elección. Ella era más poderosa que yo. Lloraba como un bebé, su risa era como el tañido de las campanas y tenía la sonrisa más bonita que he visto en mi vida. Podía pasarse horas sin parar de discutir por algo. Afra amaba, odiaba y aspiraba el aroma del mundo como si fuera una rosa. Por todo eso la quería más que a mi propia vida.

Tenía una asombrosa habilidad artística. Sus pinturas sobre la Siria urbana y rural habían recibido numerosos premios. Los domingos por la mañana solíamos ir al mercado y montábamos un puesto justo enfrente de Hamid, que vendía especias y té. El puesto estaba en la parte cubierta del zoco. El interior del mercado era un poco oscuro y el ambiente estaba un poco enrarecido, pero también olía a cardamomo, canela, anís y un millón de especias más. Pese a la tenue luz, los paisajes de sus cuadros parecían imágenes en movimiento, como si el cielo representado en ellos se desplazara y el agua fluyera.

Tendrías que haber visto cómo se comportaba con los clientes que se acercaban al puesto, hombres de negocios y mujeres,

Europeos y asiáticos en su mayoría. Cuando iban a ver sus cuadros, ella se sentaba sin hacer ruido, con Sami en las rodillas, y los miraba mientras ellos estudiaban las pinturas, los que llevaban gafas se las levantaban y retrocedían un paso para tener un mejor punto de vista; a veces se apartaban tanto que chocaban con los clientes del puesto de Hamid y se quedaban mirando las pinturas desde allí largo rato. Era habitual que los clientes le preguntaran si ella era Afra, la pintora, a lo que mi mujer respondía, «Sí, soy Afra». Y con eso bastaba. Ya tenía el cuadro vendido.

Afra tenía un mundo en su interior y los compradores lo notaban. Durante el rato que estaban allí observando el cuadro y a la pintora, reconocían su arte. Su alma era infinita como los campos y el desierto, como el cielo, el mar y el río que pintaba, e igual de misteriosa. Siempre podías saber algo más de ella, comprenderla mejor, y aunque yo sabía muchas cosas de mi esposa, no era suficiente. Yo quería más. Pero en Siria tenemos un dicho: dentro de la persona que conoces, hay otra que desconoces. La quise desde el primer día que nos vimos, en la boda del hijo mayor de mi primo Ibrahim, en el hotel Dama Rose de Damasco. Llevaba un vestido amarillo y un hiyab de seda. Y esos ojos... No eran azules como el mar o como el cielo, sino de un tono más oscuro, como el de las aguas del Queiq, con motas marrones y verdes como las de los remolinos que se forman en el río. Recuerdo nuestra noche de bodas, dos años después. Afra quiso que yo le quitara el hiyab, así que fui retirando las horquillas con cuidado, una por una, y deshaciendo los pliegues que formaba la seda hasta quitárselo por completo. Entonces pude contemplar por primera vez su larga melena de pelo negro, tan oscuro como el cielo del desierto en una noche sin estrellas.

Pero lo que realmente adoraba era su risa. Se reía como si no fuéramos a morirnos nunca.

AL MORIR LAS abejas, Mustafá ya podía abandonar Alepo. Nos disponíamos a irnos cuando Firas desapareció y tuvimos que quedarnos

a esperarlo. Mi primo casi no hablaba, no podía dejar de darles vueltas a las cosas e imaginar todo tipo de situaciones. De vez en cuando se le ocurría algún sitio donde podría estar su hijo. «Lo mismo ha ido a buscar a uno de sus amigos, Nuri» o «A lo mejor no está preparado para abandonar la ciudad y por eso se ha escondido, para que nos quedemos aquí» o «¿Y si está muerto, Nuri? Puede que mi hijo esté muerto».

Teníamos el equipaje preparado y estábamos listos para salir, pero pasaron muchos días y muchas noches, y el chico no aparecía. Mustafá se puso a trabajar en un depósito de cadáveres instalado en un edificio abandonado donde registraba minuciosamente los detalles y la causa de la muerte: balas, metralla, explosiones. Se me hacía raro verlo trabajar bajo techo, lejos del sol. Trabajaba sin parar apuntando en un cuaderno negro los detalles de las muertes con un lápiz muy gastado. Los cadáveres que llevaban alguna identificación le facilitaban la tarea, pero otras veces tenía que anotar cualquier rasgo identificativo, como el color del pelo o los ojos, la forma de la nariz o un lunar en la mejilla izquierda. Mustafá estuvo ocupado con la identificación hasta el día de invierno que le llevé el cuerpo de su hijo, que había aparecido en el río. Lo reconocí entre los muchos otros cuerpos que estaban tendidos sobre las losas del patio de la escuela. Pedí a unos hombres que tenían coche que me ayudaran a llevarlo al depósito. Cuando Mustafá lo vio, nos pidió que lo pusiéramos sobre la mesa. A continuación, le cerró los ojos y se quedó junto a él largo rato, inmóvil, sujetándole la mano. Yo aguardé junto a la puerta mientras los otros se marchaban, oí el sonido del motor, el coche que arrancaba y se alejaba, y, después, el silencio, denso; la luz entraba por la ventana situada justo encima de la mesa en la que estaba Firas con Mustafá a su lado, sosteniéndole la mano. Durante un buen rato no se oyó nada, ni una bomba, ni un pájaro, ni una respiración.

Mustafá se retiró entonces de la mesa, se puso las gafas y afiló cuidadosamente el lápiz con una navaja antes de sentarse en su escritorio. Abrió el cuaderno negro y escribió:

Nombre: *Mí precioso hijo.*

Causa de la muerte: *Este mundo destruido.*

Aquella noche fue la última vez que anotó el nombre de los muertos.

Y justo una semana más tarde, mataron a Sami.